

# EL GRAN DRAGÓN ROJO Y LA MUJER VESTIDA DE SOL

3

Revista de divulgación literaria

## Editores Responsables

Alejandro Schmidt  
Gustavo Pablo Joffé  
Normand J. Argerate

## Colaboradores

Wallace Stevens  
Juan Andrés Schmidt  
revista "Eco Contemporáneo"  
Aldo Parfeniuk  
Griselda Gomez  
Ileana Monasterio  
Mario Kulloni  
Sam Shepard

## SUMARIO

La poesía:  
provinciana en el  
país de la litera-  
tura. (Ensayo)  
Escribe Aldo Par-  
feniuk.  
Mientras Hundo las  
Manos. (narrativa)  
Juan A. Schmidt.  
Poetas Cordobesas  
Griselda Gomez  
Ileana Monasterio  
Luces en la carre-  
tera. Una aproxi-  
mación a la lite-  
ratura de Sam She-  
pard.

Enero de 1988.

Ciudad de Villa María

Provincia de Córdoba.

Rep. Argentina

## LA CASA ESTABA EN SILENCIO Y EL MUNDO EN CALMA

La casa estaba en silencio y el mundo en calma.  
El lector convirtiéndose en el libro; y la noche estival

era como el ser consciente del libro.

La casa estaba en silencio y el mundo en calma.

Las palabras fueron dichas como si no hubiese libro,  
fuera de que el lector inclinado sobre la página

deseaba inclinarse, deseaba ser  
el erudito para el cual su libro es real, para el cual

la noche estival es como una perfección del pensamiento.  
La casa estaba en silencio porque debía estarlo.

La quietud era parte del significado, parte de la mente:  
el acceso de la perfección a la página.

Y el mundo estaba en calma. La verdad en un mundo en  
calma,  
donde no existe otro significado, él mismo

es calma, él mismo es verano y noche, él mismo  
es el lector inclinándose hasta tarde y leyendo allí.

Wallace Stevens

Wallace Stevens. Poeta norteamericano (1879-1955)  
Poema extraído de "Poemas de Stevens, Williams y  
Lowell". Versión y notas de A. Girri. Ed. Corredidor



# LA POESIA: PROVINCIANA EN EL PAIS DE LA LITERATURA

Es bien honora, por la numerosa y persistente, la quejosa demanda de quienes piden para la poesia un lugar parecido al de las formas literarias masivas como la novelística o el ensayo. Se reclama divulgación y fácil acceso a ediciones y tirajes significativos y en no pocas ocasiones se quiere conquistar administrativamente de primera línea, un lugar relevante por los que circula el libro como mercancía (que son los mismos que tienen a los poetas-snowmen que quieren lanzar a la poesia)

Se quiere lanzar a la poesia al gran circuito ferocemente de la comunicación multitudinaria en la que la poesía vale a penas como un valor de cambio de cotización fluctuante; la poesía vale el grado de eficacia que acredita. Esta inserción en el mercado del objeto, (suele ser nuestra gratis de religiones, propagandas de partidos políticos) en el cual necesariamente al poeta -o el libro del poeta- debe asegurar un beneficio inmediato al lector: dueño de un derecho por el cual pagó como se paga por cualquier otro objeto que asegure placer y que siempre queda a disposición del apetito del consumidor.

Esta inserción, se camufla, no habría sino succesar al arte en la ideología dominante, o en su otra alternativa, siempre acechante, que promete su destrucción pero a cambio de la misma sucesión incondicionada.

Paradigma que con la poesia ocurre lo que con las naciones sudamericanas: ya no le queda espacio para gobernar con independencia. Las dos concepciones del mundo que hoy se lo reparten también pusieron el arte contemporáneo entre la espada y la pared: debe marcarse el paso al compás de la marcha dominante. Así acorralado por quienes le demandan un compromiso contemporáneo, un estar al servicio de la poesia, el absurdo y el sinsentido: siempre con el rechazo, como queriendo decir: "no vengas a hacerme decir lo que no quiero -lo que te conviene- ni a ofrecermelo en un lugar en el santuario de tu dios, ni a pedirme que haga de psicoanalista o de concientizadora o de planifetaria; ninguna de esas funciones se es ajena, pero sólo en tanto no pongan en peligro mis huesos, ni sangre, ni corazón"

(¿Hace falta recordar el Trilce de Vallejo para ilustrar la situación?). La rebeldía ante el sometimiento y el uso ante el carácter de útil, refleja necesariamente la situación de quien la hace el poeta. Nunca como ahora ha sido tan dramática su condición, tan patético su extrañamiento, su permanente rebotar en sistemas y concepciones de mundo -esas fórmulas sofisticadas que no se dejan cuestionar.

El artista latinoamericano (y su ejemplar nacional: el creador del interior de nuestro país, inserto en el mismo phatos) es el agónico protagonista de esta aventura. Paria en un mundo tecnocratizado y partido en dos, está arrojado a su incierto destino, despojado y desnudo. ¿No es acaso una muestra elocuente de esto que los poetas tengamos que gobernar dentro de esquemas sectarios, casi tribales, dando a conocer nuestros trabajos de mano a mano o por medio de circuitos soterrados?

¿Acceso esto de no acceder a la gran tirada de la página literaria prestigiosa y del libro masivo, no nos hace coincidir con la suerte misma del arte contemporáneo en este, su momento de reconstitución celular, de instintiva preservación de su propia integridad?

¿Conviene tomar conciencia de que la edición privada

Escribe

Aldo Parfeniuk

de libros y pincetas, la presentación social de los mismos (en los catalogados "recitales" actos públicos), el regalo posterior de los ejemplares, las lecturas colectivas y los encuentros de poetas para nada se constituye en hechos gratuitos; con ellos se define un modelo cultural propio que muy poco tiene en común con el modelo de las grandes urbes. Es de este obligado gran silencio de presidio confabulante, de celda conventual, de un clave remoto en la geografía del espíritu de donde sale la poesia: flor de tanto olvido, lágrima de tanta ausencia;

allí están Rojas, Lugones, Pedroni, Juan Ortiz, Castilla...  
 los ejemplares preservados después de la inexorable  
 selección espiritual. Los otros,  
 los que fuerzan los medios, los que gastan todo su tiempo  
 y sus relaciones y sus dineros; los que se apuran  
 y se desesperan,  
 que se quedan para protagonizar el show efímero,  
 el espectáculo circense o el hipnotismo de la  
 multitud,  
 con lo que la poesía nada tiene que ver. La poesía  
 sigue fiel en su compromiso con  
 la palabra  
 ( que es decir el hombre )  
 y por ella con la historia. Acabemos con  
 la dicotomía fondo/forma. En la poesía (en todo arte) el contenido  
 está en la forma. Un poema es revolucionario cuando lo es  
 respecto de sus materiales. El poeta es anacrónico  
 solamente cuando niega la palabra  
 de su época.  
 Por lo dicho -y mucho más- que el tiempo no permite  
 consignar aquí- podemos verificar el cumplimiento de una extraña  
 paradoja: a quienes demandan ser leídos y escuchados  
 por muchos  
 la realidad histórica del arte les responde con su  
 existencia de soledad, sacrificio y anonimato;  
 ya que con esto, ella, la poesía, se mantiene como lo otro  
 de lo vacío y lo manipulado y de lo inauténtico e  
 inessential que en ello anida. Como una provinciana  
 sabia e inocente.

EL GRAN



DRAGON ROJO

Ante colaboraciones,  
 sugerencias y corres-  
 pondencia en gral.  
 Dirigirse a H. Irigo-  
 yen 43. Villa María  
 CP 5900. Córdoba, Rep.  
 Argentina.

Aldo Parfeniuk, vive en Carlos Paz, Pcia de Córdoba, Argentina.  
 Poeta y ensayista, publicó, entre otros, "Filosofía del Poema"  
 y "Lo Perdido".

narrativa :

JUAN ANDRES SCHMIDT

## Mientras Hundo Las Manos

(Variación sobre "Dí adiós al mañana",  
 novela de Horace McCoy.)

Salí de casa, buscando la menor cornisa, pegándome a las  
 paredes para esquivar el diluvio que se abatía sobre Independien-  
 tes. No sé porqué será, pero cuando hace horas que llueve, ya la  
 lluvia no es un ruido, no, es como si el agua discurriera del si-  
 lencio imperturbable y apacible del cielo a esta tierra dolorida  
 y desapacible pero igualmente imperturbable y silenciosa en que el  
 Señor nos ha puesto.

Sólo sé que llovía, y que era como si lloviera desde sien-  
 pre, y que ese aire de intemporalidad y fluidez de la lluvia se  
 había metido en mí, y que por ello salí de casa, sin buscar nada,  
 sin necesitar nada, deseando mezclarme con eso que pasaba y, de  
 alguna manera fluir yo también, disgregarme, aunque entonces no  
 hubiera más que el deseo, que el anhelo inocente, caprichoso y en  
 alguna medida imperativo de salir de casa, en ese momento, mien-  
 tras llovía y llovía, como desde siempre.

A veces el ludeo de un farol dejaba ver los pequeños áni-  
 mos, con sus hojas pegadas y abatidas, y también sentir que en las  
 esquinas se formaban como pozos de viento y los átomos palpitaban  
 entonces, pero sin gracia, sin sensualidad, sino **COMO** asustados y  
 expectantes.

Hacía días y días que llovía en Independientes, días y  
 días conviviendo mi alma con esa lluvia como con una mujer que no  
 se comprende pero junto a la cual se permanece pensando que ella  
 sí **lo entiendo** a uno. Así estaba yo cuando salí de casa, con el  
 alma más inerte y blanca que el fondo de una taza.

Así estaba cuando salí a buscar lo que, ahora que lo he  
 hallado, no se explica como alguna vez pude haberlo buscado, si-  
 siempre, siempre, siempre había estado a mi lado.

# EL GRAN DRAGÓN ROJO

Las aspas de los ventiladores seguían rotando lentamente, en el Sporting Unión. Esos ventiladores, con sus aspas pintadas de verde claro, ahí, suspendidos, girando: eran tres y el del medio necesitaba grasa, era apenas una discordancia, como si tuviera el polvo del tiempo en el rulemán, sí, era una aspereza que hacía pensar en el tiempo, confundido su ruido con el de la radio, grave zumbido que era tan del Unión como el mostrador demasiado alto, como la heladera Westinghouse recubierta de madera clara, como las mesas, con sus patas de fundición sosteniendo esas obleas de mármol, con apenas una que otra veta de negro.

El Unión estaba vacío. Pedí mi ginebra como siempre, - casi tibia, y me dispuse a entrar en el nirvana.

Detrás de las ventanas seguía el rito del agua que cae, adentro el aire era cálido y el humo del cigarrillo se demoraba, iba subiendo lentamente, cual nube, y luego se difuminaba también lentamente. Así estaba yo, tranquilo, viendo lo que pasaba con el humo.

El humo me llevó a mi padre. El día que mi padre se fue, porque mi padre no murió, se fue, las estrellas titilaban y el cielo era como un cristal alemán, transparente y denso. Y lo imaginaba a mi padre, mirándome con esa placidez de los que ya se fueron, me lo imaginaba agarrando mi vaso y diciendo: Si le ponés me dio limón exprimido es mejor. Si, mi padre agarraba el vaso descuidadamente; mientras diluviaba sobre Independientes veía a mi padre frente a mí, sopesando el vaso, probando apenas la ginebra y secándose los labios no con el dorso de la mano, sino con la punta distraída de los dedos, como quien se complace en comprobar que el bigote sigue ahí, cuidado. Sí, yo pensaba en eso, y también en que mi padre, que en ese momento estaba ahí, se iría de nuevo como se fue antes, sin volver la espalda, sin dejar tiempo de hacerlo, diciéndome simplemente: Con un poquito de limón estaría mejor; se iría, no cachazudo ni insultante, sino como quien, despertado de pronto por alguna tontería, vuelve al sueño, con un descuido totalmente despojado de interés, y de rencor.

Así estaba yo, lloviéndome el viejo por dentro, el viejo que se había ido hacía años; lloviéndome los días, mi venida a Independientes con el título de Contador Público Nacional, mi estudio languideciente y mis clases en la Escuela de Comercio. Todo llovía dentro mío, y comprendí que para eso había venido hasta el Unión luego de vagar por las calles desiertas, para que empezara esa lluvia, la vida que yo sabía que no tenía otro sentido que, en algún momento, derramarse dentro mío, todos los soles de la infancia, los soles que son calientes y brillantes y lejanos y no mirables sin embargo dentro mío, los soles contra los eucaliptus, al atardecer, filtrando ramalazos de un ocre pálido entre el verde, no confundidos, y sin embargo ahora dentro mío, lloviéndome.

Había salido de La Isabela para la Capital una mañana, muy temprano, y recuerdo que mientras el colectivo se alejaba del pueblo el sol empezaba a cuajar, allá, en la distancia, entre las últimas chacras, de las cuales sólo eran visibles los árboles. Pensé entonces: no volveré nunca, nunca, nunca, nunca; no sabía por qué, JAMÁS lo supe, encontré excusas para no volver mientras estudiaba, estuve cinco años sin pisarla, y también sin saberlo, y sin discutirlo, cuando terminé no volví a La Isabela, conseguí las horas del secundario en Independientes y, sin ninguna ambición monté el estudio, sólo porque "debía" hacerlo, y los años pasaron atravesándose, cual a través de una criba que apenas opusiera resistencia. Primero son los ruidos que van creciendo, casi sin darme cuenta. Levanté la cabeza y era Méndez en el mostrador, afanándose, como queriendo poner él solo toda la vida que faltaba esa noche, como queriendo inventar un ambiente para una pareja que acababa de llegar. Recién los ví entonces, un tipo joven y nuevecito junto a una mocosa también joven y nuevecita. Afuera había dejado de llover, por eso oía los ruidos y tal vez también por eso había dejado de llover dentro mío.

Eran dos personas, se movían, estaban un poco bebidos pero deseaban seguir. Pidieron whisky importado y Méndez resplandeció. Me acerqué al mostrador. Méndez me alcanzó la botella y se alejó. Mientras llenaba el vaso me veía en el espejo, como por primera vez, con mi traje y mi corbata, con las puntas del cuello que siempre se curvan un poco para arriba. Me veía sin reconocerme, o sí, pero sólo aceptaba la mano que agarraba la botella, pero sólo aceptaba el vaso sostenido por mi mano.

El tipo se había escurrido al baño y la muchacha, que estaba en la otra punta del mostrador, se miraba; yo demoraba los gestos, la dejaba hacer, me acomodaba la traba de la corbata, le pedía limón a Méndez, tardaba en volver a mi mesa.

Cuando volví, el tipo le dijo a Méndez que subiera un poco la radio, y agarró a la muchacha por la cintura, como para hacerla bailar. Ella lo apartó, y él se sentó en otra mesa, silencioso, mientras seguía bebiendo.

La muchacha era como la lluvia, uno podía meterse dentro de ella, y dejarse ir. Al rato se acercó a la mesa, hubo un "¿puedo?" cuando ya estaba sentada, y dijo que todo eso (señalando con el brazo la botella de whisky sobre el mostrador, los canapés, los platitos de copetín) era por ella, que había muerto un pariente al que ni siquiera conocía, y le había dejado un montón de *Cuñía*, y que por eso habían salido a festejar, pero que ella se aburría, que el tipo era un mocoso, eso no lo dijo, pero era lo que quería decir. Yo ni negaba ni asentía, sólo era capaz de escucharla, de desear que no callara nunca, que siguiera hablando y hablando. Como estaba un poco achispada le era fácil hablar sin preguntar, escucharas sin tedio. El tipo me miraba como provocando, y yo lo miraba como sin verlo, pero de algún modo haciéndome cargo: era un tipo con una mina, y yo encima se la sacaba.

La muchacha se levantó, para cambiarse de silla, y lo hizo todo con mucha lentitud. Estaba vestida con un trajecito marrón tabaco, y las medias le caían un poco flojas sobre las rodillas.

Fui a buscar otra ginebra, y la muchacha me atajó a la vuelta, y bailamos. En realidad rotábamos lentamente casi sin tocarnos, pues la radio se escuchaba apenas, y lo más audible era el martilleo de las descargas eléctricas.

Era como estar abrazado a la lluvia. Ella lo hacía para provocar al tipo, que se lo aguantaba, y yo lo sabía y entraba en el juego, pero el mío era un juego diferente. Ella se apartó un poco, me miró, y dijo con mucha seriedad: ¿te gustan mucho los caballos?, y no supe por qué me lo decía, por un momento flotó -- cierta poesía entre los dos, pero caí en que hablaba de la traba de mi corbata, que tenía una pequeña cabeza de caballo. Entonces acerqué mi boca a su oído, ella reía despacito para fastidiar al otro, y le dije que era un regalo, que hay gente que supone que a todos los contadores les gustan los caballos o los naipes, cuando no las dos cosas. Tenía un olor a jazmín que se mezclaba con el pelo apenas húmedo, y yo hablaba y hablaba, ahora, como si esa traba fuera el eje secreto de mi vida, por seguir sintiendo ese pelo húmedo rozándose la cara, ese olor a jazmines. No podía pensar en otra cosa, no sabía lo que decía, ni lo que buscaba.

Después nos sentamos porque ella quería beber un poco más. Al rato se acercó el tipo y dijo: "Me la devuelve, ella es una chica y usted es un poquito mayor, no le parece". Ella quería llo, eso se notaba, que me levantara o algo así. Pero yo pensaba en esa cabellera húmeda, oliendo apenas a jazmín, y por nada del mundo quería dejar de pensar en eso. Y le dije: "Claro, por favor, ella es una cría y yo soy demasiado mayor para ella", (incienso para usted, que me provoca, que quiere no medirme sino medirse, pensé). El tipo se quedó ahí, sin saber muy bien que hacer, y yo terminé: "Las mocosas con los jóvenes", mientras me levantaba para buscar otra ginebra.

Por el espejo vi que ella me miraba con rencor, el tipo quería pelear, pero Méndez se acercó a charlar conmigo, y el otro se quedó con las ganas. Y yo, tratando de recuperar ese olor, esa humedad contra la cara, que no era de ahí ni de ella, que era tan mía (la perfumada humedad) como estos dedos amarillentos por el tabaco. Ahora los dos hablaban tonterías y trataban de parecer divertidos.

Pagué y salí rápidamente, sin poder pensar en otra cosa que en ese olor, sintiendo todavía esa humedad contra la cara. La parejita se levantó mientras yo salía, y pidió la cuenta.

Estaba empezando a llover otra vez. Salvo los faroles de las esquinas, ahora quietos pues el viento había dejado de vagabundear por Independientes, no había ninguna otra luz.

Especé a caminar hacia la salida del pueblo. No había hecho dos cuadras cuando la parejita, arriba de un chevrolet, empezó a seguirme. Como estaba todo yo tan lleno de jazmín, caminaba muy despacio, siempre en línea recta. Los del chevrolet por ahí se aburrían, daban la vuelta a la manzana y volvían a empezar, se reían, avanzaban a mi altura, con el coche pegado al cordón, salpicándome. Yo lo único que quería era salir del pueblo, pensaba en la ruta, en la desnudez de la ruta y en ese olor creciente, y la misma lluvia era como una cabellera que se chicoteaba la cara.

Ya estaba a unos trescientos metros de la última casa de Independientes. Los del chevrolet se habían olvidado de mí. No pensaba ya en el olor ni en nada. Simplemente caminaba, siguiendo la ruta, mientras las ropas se iban adhiriendo a mi piel.

# Y LA MUJER VESTIDA DE SOL

El chevrolet pasó una vez muy despacio, tuve que hacerme a un lado. Más adelante giraba e U y volvía a empezar. Iban aumentando la velocidad, me controlaban y a los veinte metros apretaban el acelerador y tenía yo que saltar hacia el costado, meter los pies en el barro, esa era su diversión. Yo sólo quería caminar, caminar.

El chevrolet se acercaba otra vez, aceleraba; iba a saltar nuevamente, medio harto ya de estas mocosedas, y no, me hice apenas a la derecha, o sea lo contrario de lo que debiera haber hecho, y me empezó el resplandor, pasé sobre la capota y caí en la cuneta.

La parejita del chevrolet había querido frenar, pero el pavimento estaba húmedo. Al rato volvieron a pasar, muy despacio, y yo me quedé quieto, quieto, quieto, y se alejaron y ya no volvieron.

Ahora estoy metido en la lluvia, en el pelo húmedo, en ese perfume. Por las largas lluvias ha crecido el pasto en la cuneta y me encuentro arañando la tierra. Mis dedos buscan las pequeñas blanduras, desgarran estos yuyitos tiernos y sé que estoy al borde del resplandor.

Ahora estamos tía Rebeca y yo, en el bar del "Palace Hotel", sentados en una mesa contra la ventana que da a la plaza, a esta plaza de La Isabela, del Palace y de la Municipalidad, a esta plaza desnuda, desamparada.

Tía Rebeca tiene una falda color verde pálido, plisada y estrecha, y una blusa de colegiala, casi sin mangas, con pequeños botones circulares, mitad rojos, mitad blancos. Por sobre la blusa asoma un pequeño corazón de murano, con esa transparencia sucia del murano, y sus brazos desnudos llevan un Omega grande, de oro, que era del abuelo; tiene un reloj pequeño, con números romanos, ornado por una pequeña trenza de oro el cuadrante, pero ella es así, le gusta provocar, llevar algo que contraste, que de alguna manera irrite.

Sé que de un momento a otro aparecerá Enzo, y entonces - yo saldré a jugar a la plaza, y luego pasará tía Rebeca a buscarme, me llenará los bolsillos de caramelos de eucalipto de parte de Enzo, y tomará mi mano, y nos iremos hasta casa dando rodeos, y tía Rebeca estará contenta como un pájaro, y yo lo odiaré a Enzo, que es alto, y morocho y fuerte, y aunque sean lo que más me gusta, los caramelos con sabor a eucalipto, los dejaré caer, de uno en uno, como Hansel y Gretel con las migas de pan, esperando que los coman los pájaros y que no encontremos nunca más el camino - del "Palace Hotel"; entonces podríamos ir a "La Asturiana" a comer helados, o tomar licuados de durazno, y yo no debería irme a jugar a la plaza. Cuando Rafael trae las bebidas, Coca Cola para mí, Indian Tonic con ginebra para tía Rebeca, deja también un pequeño sobre y dice: "El señor Enzo pasó esta mañana, dejó esto para usted, es una pena, un joven tan amable... Le han cambiado la ruta, ahora irá al sur, Santa Fé, Córdoba, pobre, con lo que a él le gustaban estos ríos, él que se llamaba "entrerriano por adopción y elección"; disculpe señorita Rebeca, pero realmente lamentaré no ver más por estos lados a don Enzo, aunque en una de esas le da la morriña y deja todo y se viene para acá, ¿no le parece?".

"Sí, claro", dice tía Rebeca mientras Rafael se va con la bandeja vacía.

Ahora tía Rebeca sostiene el sobre entre sus dedos, lo mira y luego lo pone bajo la mesa, sobre su falda, y deja que sus ojos vaguen por la plaza, yo miro el vaso lleno hasta la mitad de Coca Cola, y oigo el pequeño crepitar. Tía Rebeca está rompiendo la carta, que no ha leído, en pedacitos, sobre su falda. Yo tomo el refresco y miro también para la plaza: dos pibes juegan a la pelota, que cada dos por tres se pierde entre los ligustros, una nena va y viene en un triciclo rojo.

Ahora tía Rebeca pone el montón de papelitos en su cartera, y sale para el baño; sé que cuando vuelva no quedará ni siquiera un pedacito en la cartera, y también que se lavará la cara, se pintará un poco los ojos, y volverá sonriente.

Ahora yo digo, como en una oración: "Enzo, dondequiera que estés, vení, por favor, yo te prometo que te querré mucho, mucho, que me comeré todos los caramelos de eucalipto y que, cuando sea mayor, te regalaré ese encendedor Monopol que víste en una vidriera, y que te gustó tanto. Enzo, vení, por favor, yo también te quiero mucho, y tía Rebeca, aunque haya roto tu carta y ahora la esté tirando en el inodoro, también te quiere mucho. Enzo, volvé, volvé por favor".

Y ya es tía Rebeca, la sonrisa de tía Rebeca, mientras - bebe a pequeños sorbos la Indian Tonic con ginebra y dice: a Enzo le han cambiado el recorrido, pero no te preocupes, yo te llevaré a la plaza, y te compraré un montón de caramelos de eucalipto.

# EL

# GRAN

# ROJO

# LA

# ER

# DE SOL



Itasca

# GRAN DRAGÓN ROJO

# Y LA MUJER

# VESTIDA

# SOL

Ahora salimos, pero como aun es temprano, vamos al parque de diversiones. Hay una "Vuelta al Mundo" y subimos, y a mí me da mucho miedo y tía Rebeca agarra mi cabeza y la apoya contra su pecho y me dice: "Albertito, no seas tonto, no tengas miedo, y si yo fuera tu novia y tuviera miedo, ¡eh!, ¿qué harías?" y yo me aparto, y ya no tengo miedo.

A veces el viento le levanta la falda más arriba de la rodilla a tía Rebeca, y ella se despreocupa, tarda en volver a acomodarla, y yo no pienso más "volvó Enzo".

Ahora volvemos, tía Rebeca se saca los tacos altos y vamos corriendo hasta casa, tomados de la mano. A mí me da mucho trabajo, porque soy más pequeño que tía Rebeca, ahora ella dice: "Alberto, que cansada estoy, parémonos un momento" y yo le digo "bueno", y siento la cara caliente y los pulmones que no me dan más, pero también que ya soy mayor, y que podría seguir corriendo si no fuera porque tía Rebeca necesita descansar un poco.

Espieza a llover con más fuerza. No siento nada en las piernas y lo agradezco, todo yo soy un torso, un par de manos arrojando la tierra, una cabeza que se levanta apenas, para respirar ese olor, que ya no es a jazmín, sino un olor húmedo, mezclado en el resplandor. Un olor que estaba debajo del jazmín, que siempre lo había estado, y que era el olor que buscaba, también, desde siempre.

Yo entro al baño y quiero salir; y también quedarme. Tía Rebeca está ahí, con el pelo mojado, con la piel húmeda, pasándose una pequeña toalla entre las piernas. Y la miro y me dice: no te vayas, sonso, y yo me acerco. La claraboya del baño está abierta y por ahí entra el olor de los jazmines del patio. Tía Rebeca se sienta en el borde de la bañera y me dice: "Querés tocarme, verdad?" y yo le digo que sí, y ella abre las piernas y yo me arrodillo y acaricio esas hebras enredadas y rubias. Ella abre las piernas y yo estoy de rodillas en el suelo. Tiene unas manchas rosadas en las piernas, de un rosa pálido, y también unos puntitos rojos de sangre coagulada, contrastando con la palidez inerte de su piel, con la oscuridad de su sexo.

Ella toma mi mano y la pasa por esa tibieza, y está húmeda pero es como una miel, como pliegues y repliegues, y ella lleva mi mano arriba abajo y yo quiero entrar en esa tibieza, pero no mi mano solamente sino todo yo.

Ahora hay como un estertor, como cuando uno ha corrido y corrido durante días, y para, y entonces las piernas le tiemblan. Y tía Rebeca se queda muy quieta, y las piernas le tiemblan, y tomo mi cabeza y la apoya contra eso, contra esa fragilidad húmeda. Acaba de bañarse y toda ella huele a lavanda y aparte el olor de los jazmines, entrando por la claraboya.

Ahora entra mi padre, me aparta de un manotón y dice: "Salí Alberto", y yo salgo, y hay un ruido seco, como una cachetada, ni una palabra antes ni después del "salí Alberto", sólo esa cachetada, y tía Rebeca cayendo de espaldas mientras yo salgo.

Ahora vuelvo de casa de los abuelos. Ya no está tía Rebeca, mamá habla en la mesa de su muerte tan tonta, desnucada en la bañera. Papá calla, a veces me mira, pero en silencio.

La tierra está húmeda y yo busco penetrarla, hundirme en ella. Los yuyos tiernos que mis uñas desgarran son lo que rodeaba aquella tibia humedad. Es todo tan raro, esto ya lo he vivido antes, he soñado con esto: una mujer arrodillada a mi lado, con las piernas abiertas, y mis manos escarbando hasta lo más profundo, más allá de los pliegues primeros, mis manos metiéndose en ese túnel blando al principio y un poco rígido luego, como si fueran anillos encimados y queriendo seguir y no pudiendo. He soñado con esto durante años sin recordarlo, y ahora, gracias a una mocosa recién bañada que olía a jazmín y a lavanda, en un pueblo de mierda a novecientos kilómetros de La Isabela, he hallado el modo de seguir hundiendo mis manos, hasta lo más profundo, reduciendo mi pasado a este solo gesto, reduciendo mi vida a este solo gesto, diciendo de una vez y para siempre "adiós al mañana", mientras va pintándose el sol en el horizonte, y el gusto a sangre en mi boca y el sopor no me impiden, aunque muy lentamente, seguir no ya arañando, sino acariciando esta tierra.

andrés schmidt

Tenerife, España, 15 de mayo de 1981.



Juan Andrés Schmidt. Nació en Villa María, Córdoba, República Argentina el 11/08/53. Reside desde 1976 en España. Tiene inédita tres novelas "Helmut", "Papi vive en una casa oscura" y "Clausevits".

Sam Shepard nació en Illinois (EEUU) en 1942, es un personaje multifacético dentro de la cultura artística norteamericana. Tiene escrita más de 40 piezas teatrales, Con Buried Childs obtuvo en 1979 el Pulitzer, también ha sido galardonado con el Obie, en 1967. Ha trabajado como actor en varias películas, además de haber colaborado en la realización de guiones cinematográficos con Antonioni, Wenders, etc. Ha sido baterista en grupos de Rock, lo que le conduce a afirmar: "...Creo que tengo un sentido musical de las cosas, escribir es una experiencia musical, rítmicamente y en muchos otros sentidos...". Lleva publicado tres libros: Crónicas de Motel (del cual fueron extraídos los trabajos abajo reproducidos) es una especie de miscelánea donde relatos, poemas, notas autobiográficas, apuntes, etc. se suceden sin solución de continuidad. Hablar de la escritura de Shepard es referirse a una poesía plena, espontánea, concisa, de un cuidadoso entramado en donde la belleza reside - no tanto en la exhuberancia de las imágenes - como en un modo de mirar/participar en el paisaje físico y espiritual del hombre americano

Gustavo Pat'os Solá

S A M

SHEPARD



me encontré con la doble de la Estrella  
 al abrirse hacia los lados las puertas del ascensor  
 y yo salía  
 y ella entraba  
 a las cuatro de la madrugada  
 y vi que estaba absolutamente pirada  
 le pregunté qué había tomado  
 dijo 6 Valium y Vino Blanco  
 porque hoy era el último día de rodaje  
 y le pareció que había que celebrarlo  
 jodiendo con algún tío del equipo  
 y colocándose  
 porque éste era su pueblo  
 y ella iba a quedarse  
 mientras nosotros nos íbamos  
 y la tortura de no ser más que una doble  
 dejada atrás  
 en un pueblo en el que le debía haber nacido  
 estaba destrozándola ahora  
 de verdad  
 y eso hizo que volviera a avergonzarme  
 de trabajar como actor en una película  
 y provocar ilusiones tan estúpidas  
 de modo que me la llevé a mi habitación  
 sin planes respecto a su cuerpo  
 y ella se sintió desesperadamente decepcionada  
 intentó arrojarla por la ventana  
 y le dije que no valía la pena  
 no es más que una película estúpida  
 no tan estúpida, dijo ella, como la vida

1/11/81  
 Seattle, Wa.

sudan y se llaman «cariño» el uno al otro  
 contratan adivinas que mienten  
 enmarcan fotos de los niños a los que han mandado lejos  
 tutean al viejo camarero negro  
 contratan orquestas de R & B descafeinadas y les piden que toquen con guitarra acústica  
 ponen expresiones ceñudas si alguien habla de bañarse desnudo  
 se confiesan ante todo aquel que quiera escucharles  
 todos tienen su «más antiguo y querido» amigo  
 que generalmente es aquel con quien más se han confesado  
 detestan que les digas «feliz cumpleaños»  
 les encanta que haga tantísimo tiempo que no te habían visto  
 inmediatamente se van con el siguiente  
 su soledad está cubierta de muecas sonrientes  
 su soledad se ahoga bajo un círculo de «amistades»

25/7/81  
 Hollywood, Ca.

# Luces En la Carretera

Si todavía rondaras por aquí  
 Te cogería  
 Te sacudiría por las rodillas  
 Te soplaría aire caliente en ambas orejas

Tú, que podías escribir como una Pantera  
 Todo lo que se te metiera en las venas  
 Qué clase de verde sangre  
 Te arrastró a tu destino

Si todavía rondaras por aquí  
 Te desgarraría hasta meterme en tu miedo  
 Te lo arrancaría  
 Para que colgara como un pellejo  
 Como jirones de miedo

Te daría la vuelta  
 Te pondría de cara al viento  
 Doblaría tu espalda sobre mi rodilla  
 Masticaría tu nuca  
 Hasta que abrieras tu boca a esta vida

31/1/80  
 Homestead Valley, Ca.

Los siguientes textos fueron extraídos del libro "Crónicas de Motel" (1982) Editorial Anagrama. Traducción de Enrique Mirillo



# Poetas Cordobesas

GRISELDA GOMEZ

## Ficciones

¿ Te acordarás del tren  
Y la inocencia de mi  
Saltando hacia el andén ?  
Mientras alguien esperaba  
Yo admiraba las rejas verde inglés.  
Aquel asombro de monos  
El jardín japonés la siedra  
Secándose al mismo tiempo  
Que los caracoles sonaban.  
El regreso fue abrazar al duende azul  
Para convertirle en enemigo  
De falanges  
En creyente vislumbrado  
De lunas borrachas rumbas.  
Todo fue instinto  
Arrepentirme  
Partir hacia maravillas estériles  
Abandonando lugar líbrico olores  
Reconocer otros  
Marcar diarios  
Elegir monólogos que representabas  
En el teatro para la traición.  
Volvías sin hablar  
A mi rito de emociones.  
¿ Te acordarás de la cigarra oscurecida  
Dos guitarras, la lluvia  
Una lámpara y severnos hasta siempre ?  
Mi susto de museo  
Quinquela muerto  
Amarillo como un retamo.

Griselda Gomez nació en Villa María, poeta y periodista.  
Inédita.

ILEANA MONASTERIO

## Si te descubro así

Si te descubro voraz  
en este intento mío  
de precipitarme  
hasta tus límites certeros  
y sólo hallo  
cierto olor diario  
arrugas florecidas  
el hostero reiterado  
de todas las mañanas  
alguna vieja broma  
la risa inconfundible  
el llanto incontenente  
resbalando cálido y salino  
hasta tu boca.  
Si te descubro así  
tan recorrida de luz  
cuando todo es noche,  
me anidaría tranquila  
en la curva predilecta de la lluvia  
cuando desciende transparente  
en la mañana.  
Y allí  
en donde laten tus respiros,  
dejaría quieta la sangre  
suelto el sueño,  
a la intemperie de tu tacto.

Ileana Monasterio nació en Capital Federal.  
Del libro "Hallado en Arena"  
Edición de autor. Coa 1987.

ESTA PUBLICACION NO ADMITE PUBLICIDAD Y ES



ABSOLUTAMENTE GRATUITA

## EDITORIAL

B  
O  
D  
A  
S  
de  
P  
L  
A  
T  
A

1  
9  
6  
2  
|  
1  
9  
8  
7

Dijimos A OTRA COSA. Hacia ella apuntamos. Esto implica dar vuelta a la hoja, no como actitud circunstancial, sino como gesto definitivo, a partir del cual todo queda por hacer. Tenemos medida de nuestras limitaciones. Desde este sitio llamado República Argentina, donde es más fácil puntualizar crisis que aportar perspectivas, donde se vive *en contra* o *en nada*, a la espera del advenimiento de un Gran Milagro, nosotros

RESOLVEMOS edificar un nuevo modo de vida con visión de futuro. Tenemos grandes pretensiones.

Aprendemos a medida que hacemos. No somos ni proletarios, ni burgueses, ni oligarcas. Por lo tanto, la sociedad actual carece de espacio para nosotros. Sin embargo, no nos interesa hacer una filosofía del resentimiento y la tristeza. Venimos a crear, no a lamentarnos.

RECHAZAMOS por vanas, las jerarquías y categorías fundadas en torno de lo que se da por llamar *izquierda* o *derecha*, con todas sus mitologías e historias colaterales. El pensamiento y la inteligencia son inclasificables. La realidad, una sola: querer que esto siga así, o que cambie.

NO CREEMOS en el Paraíso Social Bolchevique, ni en el Edén del Capital Privado, ni en el Mito de las Razas Superiores.

BUSCAMOS ampliar el área de la conciencia, comunicar, saber, amar, esbozar poco a poco una manera de vivir.

Una visión de futuro implica trabajo. Nos limitamos al gesto cotidiano, pero vamos a él con todo. No pensamos imponerle nada a nadie, tampoco permitiremos que nos impongan modos o ideologías que no compartimos.

CREEMOS en el Hombre y en la afirmación de su poder creativo.

El nuestro es un combate de creación.

Una creación que no es privilegio del artista sino que incluye a todo individuo siempre que su posibilidad de elección no esté condicionada.

Nos sabemos fuertes. Nos sentimos fuertes. Trabajamos con nuestras propias herramientas. Queremos que esto cambie. Destruiremos, sí. Arrasaremos, sí. Y también engendraremos. Nuestra rebelión, nuestra juventud, nuestra sinceridad, nos dan la absoluta dimensión de nuestra potencia. La unidad en la acción y la libertad total en la reflexión y creación individuales, serán la ratificación de tal aspiración.

Por eso esta Revista: buscamos conectarnos con quienes comparten nuestro descontento para iniciar el combate y dejar de estar solos.

Publicado en *Eco contemporáneo*, número 4, diciembre de 1962, en Buenos Aires. Esta revista fue dirigida por Miguel Grinberg, con la colaboración de Antonio Dalmasetto y Gregorio Kohon. Significó, entre nosotros, la primera exteriorización orgánica de la "beat generation".

El presente material ha sido extraído de "Las revistas literarias" Selección de artículos. Selección, prólogo y notas de H. Lafleur y S. Provenzano. Ctro Ed. A. Latina